biblia del nuevo reformismo, favoreció esa amplificación del movimiento. Y fué así cómo, del frente popular, una noción velada en el informe dimitroveano por una especie de niebla mental, sacaron Laborde y sus satélites —porque hasta un enano mental y cultural como Laborde puede tenerlos— consignas oportunistas desvergonzadamente precisas, como la de "la unidad a toda costa, por encima de todo"; "fraternización con los católicos", subordinación absoluta a la política del P. R. M., etc., etc.; todo ello para secundar a la Internacional "Comunista", que según el informe de Laborde ante el VII Congreso del P. C. M., "lucha en todas partes por unir a los pueblos contra la agresión del fascismo y las torturas de la guerra".

En una palabra, el Partido Comunista de México acentuó, aunque parezca imposible, la desvergonzada traición de la Komintern al marxismo; renunció sin pudor a su autonomía política; repudió hasta los restos de la fraseología clasista y revolucionaria que, como tristes despojos de un naufragio, flotan en el caótico discurso de Dimitrov; se hizo nacionalista y patriotero; extremó su lacayismo hacia los dirigentes de la política pequeñoburguesa, sin desaprovechar las ventajas burocráticas que su bajeza le proporcionó, explicando todas sus bochornosas renunciaciones y corrupciones como necesarias para la consecución de lo que fué objetivo principal de su actividad, desde la penúltima virada kominterneana: la lucha "sin descanso por la unión compacta, indestructible y combativa del pueblo mexicano, para barrer hasta la última posibilidad de triunfo del fascismo en México".

Repudiando toda lucha de clases, reducida toda su acción a una monótona e ininteligente vociferación contra el fascismo, a pretexto de la cual se alquiló como claque de los políticos pequeñoburgueses, sin distinción de matices, pues celosamente cuidó de que no se subrayaran "diferencias entre